

**Antonio
Escohotado**

**Mi Ibiza
privada**



ESPASA

ANTONIO ESCOHOTADO

MI IBIZA PRIVADA



© Antonio Escohotado, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Edición: Jorge Escohotado Álvarez de Lorenzana

Preimpresión: Safekat, S. L.

Diseño del encarte de fotografías: María Pitironte
Iconografía: Grupo Planeta
Imágenes de interior: página 85: archivo familiar; páginas 32 y 176: derechos reservados

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar las autorizaciones de los propietarios del *copyright* de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Agustín Escudero
Fotografía de la cubierta: © Francesco Cantone/Getty Images

Depósito legal: B. 12.132-2019
ISBN: 978-84-670-5594-8

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Huertas, S. A.

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

| | |
|--|-----|
| A GUIA DE PRÓLOGO | II |
| GENERALIDADES | 15 |
| EL ORIGINAL Y LA COPIA | 27 |
| INTERCAMBIAR Y CONQUISTAR | 35 |
| EL BAUTIZO DE FUEGO | 47 |
| UN APUNTE SOBRE LO SUCESIVO | 61 |
| EL TALLER DEL OLVIDO | 87 |
| HACIA LA RESIDENCIA FORZOSA | 101 |
| EL AÑO A LA SOMBRA | 135 |
| RECAPITULANDO: UNA INICIACIÓN, O LA LSD 25 | 157 |

GENERALIDADES

La opulencia de Ibiza remite en más de un sentido a los estrafalarios varones y damas llamados inicialmente *peluts* o melenudos por los payeses, una hornada de contestatarios morales y políticos más o menos consciente de sí en dichos términos, que empezó a crecer hacia 1968, ellos portando pantalones de terciopelo sin trabilla y ellas con faldas largas floreadas, prescindiendo de sostén cuando esa prenda equivalía a decencia elemental. Décadas de moda habían ido afilando las protuberancias mamarias como conos puntiagudos desprovistos de pezón, mientras el pelo se recogía en moños con remolino —ejemplar fue el de Kim Novak en *Vértigo*—, cuando no aprovechando el cardado y la laca para componer cascos varios, todos ellos de vastas proporciones.

Para la playa se llevaban trajes enteros o dos piezas, con bragas por encima del ombligo, como las de las abuelas, pues alguna fuerza invisible impedía aprovechar el hueso de cadera como soporte. Languidecía lentamente el modelo avispa asegurado por corpiños, aunque ambos sexos coincidían en ceñirse justo por debajo de

las costillas, y en ciertos casos —como el de Obelix y Camilo José Cela— las calzas acomodaban el vientre acercándose a las axilas.

No recuerdo cómo obtuve mi primer pantalón de terciopelo negro aligerado de la franja dedicada a sostener el cinto, que empezaba dos o tres dedos por debajo de lo normal, y poco después su análogo en verde, una colección con la cual me sentí bien adaptado a un círculo de señoras que se soltaban el pelo y presumían de no portar ropa interior. Debí obtenerlos, como el resto del atuendo, de que mi mujer y algunas amigas se dedicaban a hacer patrones cosidos luego por payesas con su Singer eléctrica o de pedal, y producían mucho por poco dinero. Pero estoy adelantando detalles accidentales, como si ayudasen a entender por qué Ibiza dejó de ser pobre, cuando mi llegada se postergó a 1970 y fue a todas luces tardía, sobre un terreno ya colonizado por pioneros rurales y urbanos, sobre los cuales no sobran dos palabras.

Salvando algún visitante de los años treinta, como Walter Benjamin, los primeros bohemios llegaron a mediados de los años cincuenta y fueron gentes de la Península con inquietudes pictóricas, escultóricas y literarias, cuya eminencia acabaría siendo el humorista y guionista Rafael Azcona, un tipo inteligente que acabaría colaborando en las mejores películas españolas de las décadas ulteriores, cuando ya había dejado la isla. Salvo él, que probablemente era de extracción popular, el resto de este pequeño grupo fueron señoritos y señoritas

de clase media tirando a alta, cuando no aristócratas nominales, que se acomodaron en la ciudad vieja, Dalt Vila, entre los cuales estaban Ignacio y Josefina Aldecoa, dos finos escritores, Algunos disponían del pequeño capital requerido para adquirir mansiones payesas, como la que yo acabé alquilando con opción a compra para Amnesia.

Quien se interese por sus andanzas dispone de *La isla perdida*, un relato publicado en 2000 por Fernando Díaz de Castro, amenizado por algunas fotos tan poco nítidas como las de entonces. Dicho grupo era propenso a las travesuras, por joven y bohemio, y prologando ese libro escribe Josefina Aldecoa que «nunca como en la isla he sentido el significado de la libertad personal, lejos de la tristeza y mediocridad del Madrid de posguerra», aunque la travesura trascendental —drogas, sexo y rock and roll— estaba aún por llegar. Iba a asumirla poco después una élite foránea que empezó instalándose en los altos de San Juan, un entorno rural hermoso y recóndito, más acorde que el urbano para organizar los primeros movimientos masivos de haschish afgano y LSD por Europa.

Como un reflejo improvisado de planes y actos ocurridos en la costa oeste norteamericana, Londres y Ámsterdam, lo más adelante etiquetado como mafia hippie se lanzó a influir sobre la tabla de valores subvirtiendo la dieta farmacológica, y en los alrededores de San Juan tenía la fachada cubierta por vástagos de buenas familias inglesas y *gentlemen* como Blind George, que a despecho

de ser ciego dormía con dos huríes, adornado por largas melenas blancas y un atuendo cuyos abalorios evocaban viajes con y sin desplazamiento.

Unos cuantos eran propietarios de sus casas payesas, y quienes se encargaban de comprar y vender lo prohibido eran invariablemente personas altruistas, entusiasmadas por la perspectiva de cambiar pacíficamente el mundo, poniendo el amor donde campaba la guerra —material e ideológica— gracias a algo tan prodigioso y al tiempo prosaico como irse de excursión por modalidades inéditas de conciencia. El suministro de haschish afgano dependía de contactos en Kandahar establecidos poco antes por la Fraternidad del Amor Eterno, un grupo de jóvenes californianos a caballo entre el surf y algún pequeño atraco, a quienes el destino preparaba el más inverosímil de los éxitos.

El último atropello de la pandilla fue conseguir algunas dosis de LSD en Hollywood, irrumpiendo amenazadoramente en la fiesta de un psiquiatra muy conocido, terapeuta de Cary Grant y Marlon Brando, pues según su líder —el no menos inverosímil John Griggs— la experiencia inducida al poco les convenció de estar ante un sacramento. Tiraron el par de pistolas que tenían y se juramentaron como cofradía, dispuesta a asegurar el suministro del fármaco a toda la Humanidad, meta que desembocaría en montar y gestionar los oportunos laboratorios, sufragando la distribución de hostias lisérgicas con el tráfico de cannabis, bien en forma de marihuana o de haschish.

Colmado de perfiles delirantes, el plan funcionó muy bien, y la Fraternidad tenía al menos un miembro viviendo en las lindes de San Juan y cala San Vicente, que recibía partidas de ambos fármacos a través de yates y sobre todo de los ferris, pues furgonetas VW surcaban la ruta de la seda acondicionadas de un modo lo bastante ingenioso como para no ser descubierto hasta finales de la década. En 1971 el puerto de Ibiza era ya la central distribuidora de un chocolate afgano de aroma insuperado, que partía hacia las capitales europeas en tabletas finas de un material entre marrón y gris por la abundancia de puntos blancos, que sumía en ridículo a los tabletones de producto marroquí, tanto polen como goma, siempre cargados con un adulterante u otro.

Tres caladas llevaban donde varios canutos no conseguían acercarse, y aunque fuese mucho más caro siempre dejaba a su detentador un margen de beneficio comparable al de la henna mezclada con polvo de flores que ascendía desde Ketama. Por lo demás, el chollo se acabó pronto, cuando el envenenamiento de Griggs —el Granjero, como se hacía llamar— resquebrajó la Fraternidad, y hasta su galante coordinador en Ibiza acabó cayendo. El afgano pasó a ser muy escaso, y desapareció por completo tras la invasión soviética en 1979, que supuso sustituir los cultivos de cáñamo por adormidera, planta no menos inmemorial en aquellas latitudes, pero más capaz de resistir las inclemencias térmicas, y menos requerida de agua. Mucho más irreparable fue pasar de una estructura monárquica a la bolchevique, y de esta a una égida talibán.

Aunque la red montada en origen por un puñado de freaks en Laguna Beach —un distrito de Los Ángeles—, apenas aguantó un lustro en plena forma, contribuyó a repartir cuando menos quinientos millones de hostias lisérgicas, que influyeron sobre el sentido de lo real en bastantes casos, fortaleciendo quizá el rechazo ante recursos a la violencia. Esto son palabras mayores, por afectar al espíritu del mundo; pero estoy sugiriendo troqueles reducidos a Ibiza, donde el difuso entramado de gran tráfico y peregrinación rural no tardó en frenarse por un lado y crecer por otro: el foco de San Juan se extendió a San Carlos y Santa Eulalia, mientras la efímera chispa de Griggs y su enlace isleño se convertía en pequeño tráfico combinado con un experimento sistemático de vida rural, consolidado al inaugurarse en Es Canar el primer mercadillo alternativo.

Cuando terminaban los años sesenta, unos pocos centenares de hippies —anglosajones, en su mayoría— se habían establecido en el noroeste de la isla, y los menos considerados con el huerto del payés acabaron provocando en Santa Eulalia el único enfrentamiento entre forasteros e indígenas del que tengo noticia, donde la Guardia Civil intervino para frenar la bronca, y comenzó una política de expulsión en masa interrumpida al poco, porque incluso siendo pobres los recién llegados eran agua de mayo para ibicencos mucho más pobres.

Me parece estar viendo al ladrón más pertinaz de hortalizas, almendras y fruta —un tal Jerico, melencudo y pelirrojo galés, portavoz para un discurso anticipador

de Podemos, con aspecto de Ian Anderson, el flautista de Jethro Tull—, que bramaba exigiendo la restitución de aquella igualdad originaria exigida por el Omnipotente, contestado con porras de goma por unas fuerzas del orden minúsculas, aunque respaldadas por una cincuentena de labriegos con hondas y garrotas mucho más amenazadoras. Aníbal cruzó los Alpes con dos batallones de honderos baleares que Roma no olvidaría nunca, y si algo legaron los crueles cartagineses a Ibiza fue la cultura del algarrobo, un árbol de forma torturada —dado a hincar sus ramas en tierra y resurgir más adelante, como el Guadiana—, con vainas dulces y fétidas al tiempo. Esas vainas se muelen para hacer una nutritiva papilla infantil, y a la sombra de formas definidas por extremidades serpenteantes solían enterrarse sus progenitores.

Definida por una lápida apenas tallada, cada casa antigua suele tener al menos una tumba junto a un majestuoso ejemplar de esta especie, que ha ido rebrotando de sus propias ruinas hasta componer un perímetro de verdor perenne; y no suele ser difícil localizar el pétreo cuadrado fúnebre, testigo último de la generación y la corrupción en cada linaje. Por lo demás, para cuando Jerico voceaba por última vez la lucha de clases, no solo estaba en marcha el imparable *haz el amor*, sino la práctica de vivir ruralmente sin luz eléctrica ni agua corriente. Fue algo que hoy parece tan absurdo como suicida, pero entonces permitió crear soluciones elegantes y satisfactorias para ambas carencias.

Con un mínimo de diligencia, vivir bajo otra luz —eso sí, trajinando de vez en cuando con barreños para lavar y enjuagar los cristales de los quinqués—, reveló ser un lujo al alcance de todos, sostenido por la contrapartida de alquileres simbólicos comparados con los urbanos. Doscientas pesetas cedían el uso de extensiones no solo elevadas al cubo, sino bellas incondicionalmente, subrayando con esa ventaja objetiva la aventura subjetiva de cada emigrado. Para el espíritu de insumisión que soplabá sobre el mundo, la rudeza de aquellas casas en términos de infraestructura era un estímulo añadido para convertirlas en discretos templos libertarios, apoyados sobre casualidades como que las personas acudiesen por medio de autostop, ciclomotor de pequeña cilindrada o marchas de una legua cuando menos, porque los escasos coches se estropeaban cada dos por tres.

Cabe llamarlo serendipia —un resultado tan feliz como azaroso—, ya que un pelín de diligencia con las mechas, emplear limpiabiberones para los cristales y aprovisionarse de leña bastaban para invocar el mundo esencialmente acogedor del quinqué y la chimenea, rodeado todo por la vitalidad silenciosa del monte, donde meses de trato se resolvían en minutos, con la aceleración inducida por el ralentí mecánico y la luz cálida, hasta terminar en gemidos amorosos con inusual frecuencia. Salvando «cuestiones de piel» como se decía —pues la afinidad física no puede fingirse—, ¿quién dormiría solo, cuando la Tribu estaba en proceso formativo?

La mera posibilidad de sostener y ampliar el improvisado conjunto seducía a todos, y durante uno o dos lustros todo lo ensayado sobre comunas se incumplió sin dejar de ser una experiencia comunal, cuya novedad absoluta fue carecer de carácter sectario, y cualquier asomo de líder infalible. En previos ensayos colectivistas y anarquistas, la causa del amor libre coexistió o bien con dictaduras o bien con adeptos pasmosamente ingenuos, dispuestos a descubrir el Mediterráneo con acracias de catecismo o pistola, como la de Durruti, y la singularidad sociológica del drogas, sexo y rock and roll sería no solo rechazar cualquier dogma, sino actitudes misionales.

Una especie de filtro invisible previno el reclutamiento de fanáticos y feos, y no tomarnos en serio del todo —dando por seguro que nos embarcábamos en una aventura temporal, nunca en la definitiva—, desafió victoriosamente la abyección aparejada a la secta en cuanto tal. Anteponiendo el fin a los medios, el sectario venera a su mesías y entiende que quien no está con él está contra él; pero no sé bien cómo esa constante milenaria jamás tuvo acogida en la grey hippie, preservada de la fealdad corporal por no transigir con la deformidad sustantiva del fanatismo, y acogidos sus miembros a la belleza última, aquella que brota del ánimo. Quienes optaron por una aventura de libertad tan apacible como incondicional, asegurada por la modestia económica, se hicieron guapos en función del *vive y deja vivir*, frontera permanente entre sanos y neuróticos.

Como Jefferson, que propuso elegir entre «economía y libertad, o profusión y servidumbre» —reiterando en definitiva el consejo socrático de elevar la autonomía a valor supremo—, una austeridad material voluntariamente elegida potenció el encanto físico de aquella tribu sin parentesco sanguíneo, que pudiendo competir en desahogo prefería competir en desapego por cualquier opulencia distinta de buscarse en libertad, y que, sabiéndolo o no, exhumaba una alternativa radical a religiones, tanto teológicas como políticas.

Donde otros escenificaban la tragedia patético-enfática de salvar y ser salvados para siempre, por supuesto a sangre y fuego, los *freedom fighters* se tomaron el retorno a la naturaleza con el desparpajo de quien decidió echar una cana al aire, tanteando hasta dónde podría ser grato y factible vivir de lo que el consumismo desechaba. Eso aseguró que tanto el reclutamiento como la disolución —ocurrida en torno a una década después— fuesen procesos totalmente espontáneos y desprovistos de drama, donde la única fricción provino de seguir obteniendo sus combustibles psíquicos.

Nixon estaba a punto de consolidar una guerra planetaria a La Droga, sancionada como tal por la ONU en 1971; pero hasta eso se lo tomó la tribu con el espíritu deportivo del Granjero y sus émulos. Él y otros serían padrinos de lo rotulado como mafia hippie, por más que ni las mafias propiamente dichas, ni los futuros cárteles, imaginasen siquiera de qué iba el asunto. Sin folletín, se trataba de mejorar lo grande y lo pequeño del modo

más prosaico, con un aprovechamiento informado del menú neural: *A better life through chemistry*. Divertido y efectivo, el lema de los Freak Brothers que inventó el cómic de Sheldon era un cambio incapaz de molestar al vecino, aunque parte de la vecindad decidiese sentirse atraída o herida por ello, mientras la mayoría quedaba al margen.